

tar, sin obtener por esto más abundantes cosechas. Había, pues, exceso de gastos y disminución de beneficios.

Los dos llegaron á estar pensativos.

El hacendado del café tuvo una idea: aumentó la tarifa de los productos.

—De este modo,—pensaba,—cubriré la diferencia.

Y jugando á las cartas con su vecino, el hacendado de la caña de azúcar, le confió su remedio.

—Es excelente,—le dijo el otro;—yo voy á imitaros.

Ambos elevaron los precios de sus mercancías; pero como todos los estados de América no estaban sometidos á la misma ley, los otros productores no aumentaron los precios, y nuestros dos hacendados no pudieron vender sus cosechas.

Hubieron de resignarse á vender al precio del mercado como los otros, y se devanaban los sesos para hallar otro remedio.

Á su vez, el hacendado de la caña de azúcar tuvo una ocurrencia:

—Reduzcamos la alimentación de nuestra gente.

—¡Eureka!—gritó el vecino.

Los alimentos fueron reducidos. Se les redujo hasta lo estrictamente necesario para la vida.

Pero también esta vez el resultado fué malo; los negros, mal alimentados, se rendían, y el trabajo se resentía de ello. De suerte que, si había una disminución de gastos, había también disminución de beneficios.

Se ensayó entonces persuadir á los negros que no se juntasen con sus compañeras, que no tuviesen hijos, hasta que se rodearon sus uniones de una serie de complicaciones y dificultades. Pero los infelices,—no teniendo otro placer, como decían,—querían á pesar de todo, tener una mujer, y tenían hijos á pesar de todo.

La situación era siempre mala.

Y hasta se agravaba. Maltratados, mal alimentados, los negros comenzaban á murmurar y cruzaban por sus cerebros veleidades de rebeldía.

Los dos hacendados veían con terror aproximarse la hora de una insurrección. ¿Qué sucedía? ¿Serían los negros capaces de apoderarse de todas las riquezas que su trabajo había producido?

Era necesario á todo trance conjurar el peligro. Los dos hacendados se reunieron y, después de jugar otra partida, con acompañamiento de tazas de excelente moka,—con el café del uno y el azúcar del otro,—conviniéron en un tercer remedio, que calificaron de infalible. Así, restablecida su tranquilidad, se despidieron con un apretón de manos.

Al día siguiente, visitando el límite de su propiedad, el hacendado del café notó que las cañas de azúcar se habían apoderado de una faja de terreno que, según él declaraba, le pertenecía.

En seguida envió una delegación de negros á requerir á su vecino, que vino escoltado por una delegación de los suyos.

—Este es el caso,—dijo en tono agrio el hacendado del café;—vuestras cañas invaden mi terreno.

—Se equivoca usted,—replicó el otro no en tono menos acerbo;—ese terreno me pertenece.

—Nunca; mirad dónde están los jalones.

—Señor mío, los límites han sido cambiados, y yo le actuso de haberlos trasladado para buscarme querrela.

—Mis fieles amigos,—dijo entonces el hacendado del café, volviéndose á sus negros,—yo os tomo por testigos del insulto que se me acaba de hacer.

—Y vosotros, mis buenos camaradas,—dijo el otro hacendado á sus esclavos,—yo os ruego que hagáis constar que los jalones han sido cambiados de lugar.

—Está bien, señor,—replicó el insultado;—tendréis que darme la razón bien pronto.

—No temo,—respondió el hacendado de las cañas con altivez.

Ambos se saludaron inflexibles y se alejaron seguidos de sus delegaciones de negros, muy contentos y orgullosos por haber sido tratados por sus amos